

LOS VIAJES DE JRUSCHEV

I.—A ESTADOS UNIDOS

Era inevitable la vuelta a los contactos personales del «más alto nivel» para fijar las relaciones entre las superpotencias, así como para determinar las actitudes dentro de los grandes bloques mundiales. No sólo los clásicos canales diplomáticos resultan hoy insuficientes, sino incluso las reuniones de los ministros de Asuntos Exteriores. Mediante unos y otros se pueden concertar detalles sobre unas líneas generales previamente establecidas, pero en modo alguno trazar éstas. Y ello porque el volumen y la gravedad de los problemas son de tal entidad que se precisa la decisión adoptada directa y personalmente en el más alto escalón del poder. Además, porque envueltas todas las grandes cuestiones internacionales por un clima propagandístico, se precisa la presencia de los hombres que más puedan llamar la atención pública. Este fenómeno actual presenta, desde luego, inconvenientes, pero también ventajas indudables.

Por eso, el gran político oportunista que es el jefe del Gobierno soviético venía tratando desde hace tiempo de establecer contactos personales directos con el presidente de los Estados Unidos de América y aún con otros sumos gobernantes occidentales. El *Premier* británico, MacMillan, fué el primero en aprovecharse de esta tendencia, en su viaje a Moscú para explorar las posibilidades de una *détente* internacional. Mas habría de ser Jruschev quien potenciase al máximo tal actividad con su visita a los Estados Unidos de América, después de haber enviado como adelantado a Mikoyan y haber recibido en Rusia al vicepresidente Nixon. Pero ya anunciada tal visita, por una vez el presidente Eisenhower habría de tomar la iniciativa trasladándose primero a Europa para conferenciar personalmente con los jefes de sus aliados atlánticos, así como después emprendería un largo viaje como peregrino de la paz para visitar no ya a sus aliados, sino incluso a neutralistas de Asia y Africa. Dentro de:

pocos meses, será nuevamente Jruschev quien se ponga de viaje, tras recibir algunas visitas en Moscú.

Mas vamos a reducirnos ahora a exponer algunas consideraciones sobre los viajes de Jruschev a los Estados Unidos y también a China. Es de advertir que la visita del jefe del Gobierno soviético a China estaba ya concertada antes de que fuera decidido su viaje a los Estados Unidos. Jruschev había presidido la delegación soviética que asistiera a los actos conmemorativos del quinto aniversario del triunfo del régimen comunista chino, y era lógico que al celebrarse todavía con más brillantez la década de aquel gran acontecimiento, Jruschev volviera a Pekín. Mas aún siendo esto así, debe advertirse también la existencia de una relación directa entre estos dos viajes, de forma que cabe afirmar que después de las entrevistas con Eisenhower en la Casa Blanca y en Camp David, era inevitable que Jruschev se trasladara a China, hubiera o no conmemoraciones. Al fin y al cabo, todo cuanto afecte a las relaciones ruso-norteamericanas tiene un alcance mundial, y cualquier acuerdo o desacuerdo entre las dos superpotencias ha de repercutir intensamente sobre sus grandes aliados respectivos. Y si antes del encuentro, el presidente norteamericano tuvo que hacer la ronda de Bonn, Londres y París, el jefe del Gobierno soviético tendría que acercarse después a Pekín.

I

En la mañana del 15 de septiembre de 1959, el jefe del Gobierno soviético, su familia y séquito llegaron en vuelo directo desde Moscú a la base aérea norteamericana de Andrews Field, iniciando así un intenso y largo recorrido por los Estados Unidos, que desde Washington le llevaría, el 17, a Nueva York; el 19, a Los Angeles; el 20, a San Francisco; el 22, a Des Moines; el 23, a Pittsburgh; el 24, nuevamente a Washington, para sostener conversaciones con el presidente Eisenhower durante dos días en Camp David, y partir de regreso para Moscú el 27, también en vuelo sin escalas.

La visita de Jruschev a los Estados Unidos no había dejado de producir una importante oposición interna y un claro recelo en el exterior. Para aplacar éste y mantener un frente occidental unido, Eisenhower iría a Bonn el 26 de agosto para conferenciar con Adenauer; luego a París con el fin de entrevistarse con De Gaulle y recibir al jefe del Gobierno

italiano y finalmente a Londres para conferenciar con el *premier* MacMillan y recibir al ministro español de Asuntos Exteriores. El mismo Jruschev habría de referirse al alcance de estos recelos en un discurso pronunciado en la Universidad de Pittsburgh el 24 de septiembre, al decir: «A causa de mi visita a los Estados Unidos se han hecho suposiciones, en algunos países, en cuanto al objeto de este intercambio de visitas entre representantes de nuestros países. Se llegó incluso a decir que Jruschev tenía la intención de dividir al mundo entre él y Eisenhower.»

En los Estados Unidos, al anunciarse la visita, hubo una gran gama de reacciones, desde las más contrarias hasta las que aprobaban firmemente la invitación presidencial. Destaquemos el consejo que se daba en las columnas del «New York Daily News (7-VIII) a los neoyorquinos para el caso de que Jruschev hiciera el tradicional desfile por Broadway: «no arrojarle una vieja máquina de escribir sobre la cabeza». El antiguo presidente Truman, aún aprobando la iniciativa de su sucesor, se negaría a ver a Jruschev y reprocharía a Eisenhower la devolución de visita. El vicepresidente Nixon estimó, por su cuenta, que tal visita del jefe del Gobierno ruso contribuiría grandemente a deshacer conceptos erróneos que Jruschev tenía sobre el régimen político-social de los Estados Unidos. Naturalmente, los refugiados de la Europa oriental en Norteamérica, así como las minorías procedentes de estos países, emprenderían campañas de protesta pacífica. Con todo, el clima con que habría de encontrarse Jruschev en los Estados Unidos sería gélido al llegar a Washington, hostil en Los Angeles y mucho más cordial a partir de la visita a San Francisco.

El mismo Jruschev, al regresar a Moscú, explicaría en su discurso de 28 de septiembre en el Palacio de los Deportes, que al anunciarse su visita numerosos periódicos y personalidades norteamericanas habían comenzado la propaganda en contra, de forma que «crearon condiciones atmosféricas que no me tenían caliente, aunque la temperatura en los Estados Unidos sea más elevada que en Moscú». Y añadió: «Querían acogerme con una ducha fría», refiriéndose a las palabras de Nixon, de cuya actitud se quejó a Eisenhower. No obstante, Jruschev reconoció que el presidente norteamericano se había esforzado por acogerle calurosamente. Cuenta el jefe del Gobierno soviético que habría de enterarse de que en su ruta hacia la Casa Blanca, en las aceras se estacionaba una multitud silenciosa, porque diez minutos antes había hecho el mismo

recorrido un automóvil que llevaba una pancarta con la siguiente inscripción: «Acojamos a nuestro huésped dignamente, amablemente, pero sin aplausos ni saludos.» Por ello se quejaría, estimando que su protección era más bien «una original residencia vigilada», que le alejaba del contacto con el americano medio. En Los Angeles, este clima se extremó tanto hacia la franca hostilidad en las palabras que le dirigió el alcalde al recordarle el famoso dicho de Jrushev: «¡Os enterraremos, capitalistas!», que el jefe del Gobierno soviético encargó a Gromyko, su ministro de Asuntos Exteriores, le dijera a Lodge, su acompañante oficial norteamericano, que si continuaba tal clima no proseguiría su viaje y que regresaría directamente a Washington y de allí a Moscú. Todo habría de cambiar al llegar a San Francisco, donde la acogida fué cordial, como después lo sería especialmente en Pittsburgh.

Y en todos los lugares visitados, Jrushev habría de pronunciar discursos, muy frecuentemente improvisados, y tener coloquios con periodistas, economistas, financieros, congresistas y sindicalistas. En uno de sus discursos, en San José (California), el 21 de septiembre, Jrushev declararía: «Todas las veces que me reúno con hombres de negocios, no tenemos ningún conflicto. Nos comprendemos. Nos damos cuenta de nuestras posiciones y de que tenemos filosofías diferentes..., pero tratamos de encontrarnos sobre una base práctica. Pero frecuentemente, cuando me reúno, por ejemplo, con dirigentes sindicales, o con ciertos políticos, sucede que las cosas no van tan dulcemente entre nosotros.»

En estos discursos y coloquios, el jefe del Gobierno soviético habría de mostrarse como un ágil polemista, saliendo airoso en muchas ocasiones frente a sus contradictores públicos. Únicamente perdía terreno a ojos vistas en temas que ni el mejor sofista hubiera podido defender. En estos casos, Jrushev recurrió a la irritación y a la agresión verbal, o se escudó en formalismos o simplemente desvió el diálogo en forma ostensible. Esto sucedió singularmente durante su reunión con los jefes sindicalistas norteamericanos el 20 de septiembre. En esta ocasión, se produjeron diálogos como el siguiente entre Jrushev y K. Reuther: «R.—Vosotros explotáis a los trabajadores de la Alemania oriental.—J.: ¿Dónde habéis soñado eso?—R.: Si no los explotáis, ¿por qué tres millones de ellos atravesaron las fronteras para entrar en Alemania occidental?—J.: Estáis gravemente infectados por la fiebre capitalista.» («New York Times», 22-IX). En la misma oportunidad y frente al mismo interlocutor, Jrushev se irritó hasta el punto de dar puñetazos sobre la mesa, y ex-

clamó, dirigiéndose a los jefes sindicales norteamericanos: «¡Sois lacayos del capitalismo!», ante lo cual Reuter le contestó: «Siempre que le planteo una cuestión a la cual no sabe responder, se incomoda.» Ya en su primer coloquio, el 16 de septiembre, en el Club de Prensa de Washington, que había comenzado de la manera más impertinente (al contarle al presidente del Club una anécdota sobre su silencio mientras Stalin cometía los crímenes que el mismo Jrushev denunciaría después), el jefe del Gobierno soviético inició el coloquio sin ocultar su irritación, advirtiéndole: «reirá mejor el que ría el último», y contestando a la pregunta de cómo podía justificar la intervención armada soviética en Hungría: «Veo que la cuestión húngara ha quedado en la garganta de varias personas como una rata muerta.»

Mas en otras ocasiones, especialmente a partir de su estancia en San Francisco, Jrushev haría esfuerzos por mostrarse agradable con sus oyentes. Por eso explicó el sentido que él verdaderamente diera a su famoso dicho: «¡Os enterraremos, capitalistas!», como refiriéndose no a las personas, sino al sistema social. E incluso no sólo dijo palabras cristianas, agradeciendo al obispo de Pittsburgh hubiera invitado a todos los creyentes de la ciudad a acogerlo bien y mostrarse buenos huéspedes, sino aún le agradeció expresamente «la oración que hemos oído al principio del almuerzo». Y refiriéndose al alcalde de Los Angeles, dijo en San Francisco: «La enseñanza del mismo Cristo nos dice que perdonemos a los que nos ofenden, si comprenden que nos han ofendido. Debemos seguir el precepto de Cristo y considerar que el alcalde no ha hablado según su corazón, ni según su espíritu, sino que fué un incidente desgraciado.» Incluso llegó a manifestar Jrushev en la capital californiana que «si penetráis en nuestra filosofía, apereibiréis que hemos adoptado muchos de los preceptos de Cristo, como, por ejemplo: «Amaros los unos a los otros.»

Este ha sido el jefe del Gobierno soviético durante sus contactos públicos en los Estados Unidos: revistiéndose con la piel del cordero en algunas ocasiones, pero mostrándose con el fiero orgullo del león más frecuentemente. Pues insistió una vez y otra que él representaba a una nación muy poderosa, que acaba de enviar el *lunik* y que estaba en buen camino para ser la primera potencia de la Tierra. Lo que Jrushev evitó siempre aparecer durante su estancia en Norteamérica, fué como lobo feroz, pues la palabra «paz» la tuvo siempre en sus labios.

¿Cuál ha sido el fondo de las manifestaciones públicas de Jruschev? Hubo tres temas que se nos aparecen como principales en los distintos discursos y coloquios del jefe del Gobierno soviético durante su viaje por los Estados Unidos: 1.º Deseo de mejorar las relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, tanto en lo político como en lo económico, merced a un clima general de coexistencia pacífica; 2.º Propuesta de desarme general, y 3.º Afirmar la superioridad del sistema comunista sobre el capitalista, siendo indudable la victoria del primero, en competición pacífica.

1.º) Desde su discurso inicial en el aeródromo de Andrews, Jruschev expresó la necesidad de mantener y consolidar la paz mediante una coexistencia pacífica, porque «la guerra no ofrece ninguna ventaja». Hay que llegar a un acuerdo para «mejorar nuestras relaciones, pues nuestros países son demasiado poderosos para que nos podamos combatir», afirmó el jefe del Gobierno soviético en su brindis de la Casa Blanca. Y en el Club Nacional de Prensa dijo que el «principal objeto» de su visita a los Estados Unidos era el mejorar las relaciones entre las dos superpotencias, expresando su deseo de llegar a un acuerdo con el Gobierno norteamericano sobre las cuestiones de «importancia vital», que a su parecer eran: la *détente* en las relaciones internacionales y el fin de la guerra fría. el desarme, un tratado de paz con Alemania, el comercio mundial y la mejora de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Nuevamente, en el Club de los Economistas, declaró Jruschev que buscaba «la coexistencia pacífica y la concurrencia (que) implican relaciones siempre crecientes entre las naciones en los dominios económico y cultural», y añadió: «¿Por qué los dos sistemas que existen ahora, el ruso—la Unión Soviética con su nuevo sistema socialista—y vuestro país con su sistema capitalista, no pueden tener coexistencia pacífica, paz y amistad entre ambos?» Y en su última conferencia de prensa en Washington, volvió a insistir el jefe soviético: «La misma vida dicta a todos los pueblos que los Estados con sistemas sociales diferentes deben coexistir, vivir en paz, ser amigos y desarrollar relaciones normales.»

Dentro de este clima de mejora de relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, muy especialmente Jruschev señaló la necesidad de que se reanudara el intercambio comercial. Pero advirtió en el Club de los economistas que no había ido a los Estados Unidos «para intrigar en favor del desarrollo del comercio soviético-americano sin el cual,

en opinión de algunos, el plan septenal no se podría realizar. Quiero decir con toda franqueza que no he venido aquí para mendigar». Y añadió: el comercio exterior soviético ha alcanzado en 1958 un valor de 8.600 millones de dólares, manteniéndose el intercambio con todas las naciones, menos con los Estados Unidos.

2.º) En varias ocasiones, pero en especial en su discurso del 18 de septiembre, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, Jruschev propuso la adopción de un plan de desarme general y total. Consideraba necesario el liquidar la guerra fría, alimentada por la carrera de armamentos, y ello en «una época en la cual es difícil inventar un arma más poderosa que el arma de hidrógeno, que posee una fuerza prácticamente ilimitada», que podría conducir a una guerra de exterminio de la raza humana, «a causa de un accidente absurdo, tal como una avería en los mandos de un avión portador de una bomba termonuclear», el jefe soviético estimó preciso excluir toda posibilidad de desencadenamiento de una guerra: «en tanto que subsistan grandes ejércitos, la aviación y la marina de guerra, las armas nucleares y los cohetes, en tanto que los jóvenes reciban una instrucción militar y que los estados mayores generales proyecten planes de futuras operaciones militares, no hay garantía alguna para una paz duradera».

Por ello propuso que todos los Estados adoptaran un plan de desarme total en cuatro años, al final de los cuales ninguno poseyera medios para hacer la guerra. Esto implicaría: 1) «Que no existieran más ejércitos de tierra, marinas de guerra y fuerzas aéreas, que se supriman los Estados mayores generales y los Ministerios de la guerra, que se cierren las Academias militares. Así decenas de millones de hombres volverán al trabajo pacífico creador»; 2) «Serán suprimidas las bases militares en territorios extranjeros»; 3) «Todas las bombas atómicas y de hidrógeno de que dispongan los países serán destruidas y su fabricación cesará»; 4) «Los cohetes militares de todo radio de acción serán suprimidos»; 5) «Los países no deberán tener a su disposición sino contingentes estrictamente limitados, concertados para cada país, de policía, equipados con armas de fuego ligeras y destinados exclusivamente al mantenimiento del orden interior y a la defensa de la seguridad individual de los ciudadanos»; 6) Se instituirá «un organismo internacional de control con la participación de todos los países», y 7) se creará «un sistema de control de todas las medidas del desarme, que debe funcionar conforme a las etapas de la realización del

desarme». Bien entendido que la elaboración de este programa de desarme general y total no debe retrasar la solución de la cuestión urgente que es la suspensión para siempre de los ensayos nucleares.

Mientras tanto no se adopte tal programa general de desarme, habría que tomar las siguientes medidas: 1) Creación de una zona de control y de inspección, con reducción de las tropas extranjeras en los territorios de los países de la Europa occidental. 2) Creación de una zona desatomizada en Europa central. 3) Retirada de todas las tropas extranjeras del territorio de todos los países europeos y supresión de las bases militares en territorios extranjeros. 4) Conclusión de un pacto de no agresión entre los Estados miembros de la O. T. A. N. y los Estados signatarios del Tratado de Varsovia, y 5) Acuerdo sobre la prevención de un ataque por sorpresa de un Estado contra otro.

3.º) Al llegar Jrushev a territorio norteamericano, en el mismo aeródromo de Andrews, puso de relieve en su discurso dos grandes hazañas que acaba de realizar la Unión Soviética: el envío del *lunik* a nuestro satélite, que había dejado una cápsula de 390 kilos con el escudo de la Unión Soviética sobre la Luna, y la construcción de un rompehielos atómico. Ante el Club de Prensa de Washington diría al día siguiente el jefe del Gobierno soviético que «el hecho de que el cohete fuera enviado a la Luna la víspera de mi partida para los Estados Unidos, es una simple, pero agradable coincidencia». Pero indudablemente este gran éxito científico y técnico habría de ser utilizado por Jrushev como base para su repetida afirmación de la superioridad del régimen comunista soviético sobre el sistema capitalista norteamericano.

El mismo día de su llegada, en su brindis en la Casa Blanca, afirmaría Jrushev: «Nuestros países tienen sistemas sociales diferentes. Nosotros estimamos que nuestro sistema es el mejor, y vosotros pensáis que lo es el vuestro. Pero no debemos transformar esta querrela en una lucha abierta. Que la Historia juzgue cuál de nosotros dos tiene razón.» Y añadió: «Es exacto que vosotros sois más ricos que nosotros actualmente, pero mañana seremos tan ricos como vosotros, y pasado mañana todavía más ricos.» En estas dos consideraciones basó el jefe del Gobierno soviético toda su gran campaña de propaganda durante su estancia en los Estados Unidos.

Ante el Club de Prensa de Washington, reconoció Jrushev que, «comparado al feudalismo, el capitalismo aportó mejores posibilidades de desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Mas creemos que ahora

el capitalismo se ha desarrollado de tal manera que ha dado nacimiento en su seno a ciertas contradicciones fundamentales, y que cada sociedad engendra el género de sociedad que le sucederá. Creemos que Karl Marx, Engels y Lenin han probado científicamente que el sistema socialista su-plantará al capitalista... Ahora el capitalismo combate al comunismo. Estoy personalmente convencido que el comunismo será victorioso, en cuanto sistema social que suministre las mejores posibilidades de desarrollo de las fuerzas productivas de un país, que permita a cada uno desarrollar mejor sus aptitudes y que asegure la libertad entera del individuo en esta sociedad». En su visita al Congreso norteamericano, el senador Fulbright le preguntó a Jruschev: «¿estáis convencido de que vuestro sistema es mejor que el nuestro?», y éste contestó escuetamente: «absolutamente convencido», remitiéndose luego al juicio de la Historia. «Que la Historia decida cuál es el mejor», volvió a decir el jefe soviético en el Club de los economistas, a quienes declaró también: «Si, en la competencia que os proponemos, vuestro sistema capitalista fuera capaz de dar más al pueblo, de procurarle más bienestar que pueda hacerlo la sociedad comunista, yo sería el primero en venir a inclinarme ante vosotros y pedir os me ofrecierais un trabajo para el cual yo fuese adecuado.» Bien entendido, que para escapar al juego dialéctico del progresismo que había enunciado en su primer coloquio en el Club de Prensa de Washington, en el segundo, el 27 de septiembre, Jruschev hizo observar que «en la Unión Soviética hemos construido el socialismo y hemos emprendido la construcción del comunismo. Vivimos en la primera etapa de la edificación del comunismo». Y añadiría poco después en su discurso ante la Televisión norteamericana: «Bajo el socialismo, la remuneración del trabajador está determinada por la cantidad y la cualidad de su trabajo para el bien de la sociedad. Cuando hayamos desarrollado todavía más la producción, acumulado más riquezas, entonces pasaremos a su reparto comunista: cada uno trabajará según sus capacidades y gozará de los bienes según sus necesidades.»

Esta excelencia del régimen comunista sobre el capitalista, para aquéllos, como sus oyentes norteamericanos, que no la creyeran como artículo de fe, Jruschev alegaba el ejemplo del desarrollo económico y tecnológico de la Unión Soviética. En su mismo discurso televisado, dijo: «Actualmente, los Estados Unidos son la potencia más altamente desarrollada en el plano económico. Los índices de vuestro país constituyen la cima del mundo capitalista. Sin embargo, tened en cuenta el hecho de que los ritmos anuales medios de progreso de la industria son tres veces más eleva-

dos en la Unión Soviética que los vuestros. Por ello, en los diez o doce años próximos, pasaremos a los Estados Unidos a la vez en el volumen absoluto de la industria y en la producción por habitante. En la agricultura, esta tarea estará resuelta mucho antes.» Y añadió cara al público norteamericano: «En un futuro próximo renunciaremos a percibir impuestos cualesquiera de la población.» Y a los economistas les había dicho: «Comparada a la de 1913, la producción industrial en la Unión Soviética ha aumentado 36 veces; sólo se ha cuadruplicado en vuestro país. ¿Por qué desarrollamos más rápidamente nuestra economía y nuestra cultura?... pienso que estas fichas muestran de manera convincente que la fuente de nuestro progreso rápidamente creciente es nuestra revolución socialista... El último año hemos diplomado 94.000 ingenieros, mientras que vosotros sólo 35.000. Acabamos de elaborar y poner en marcha un vasto plan septenal para desarrollar nuestra economía nacional. La realización de este plan nos conducirá muy cerca del nivel del desarrollo económico alcanzado por los Estados Unidos. Podemos, pues, alcanzar a los Estados Unidos en lo que concierne al desarrollo económico general y, más tarde, a la producción por habitante, todavía más rápidamente que lo habíamos proyectado.» Y hasta en los estudios de la «Fox», en Hollywood, el 19 de septiembre, Jruschev recordó que «un grupo de economistas de los Estados Unidos, estudiando las posibilidades de nuestro país en competición con el vuestro, llegó a la conclusión de que, en lo que respecta a la producción, la U. R. S. S. alcanzará a los Estados Unidos hacia 1970.»

He aquí, sintetizados con objetividad, los puntos más salientes de los numerosos discursos pronunciados por el jefe del Gobierno soviético durante su estancia en los Estados Unidos.

Estos tres puntos están estrechamente ligados entre sí, de forma que integran conjuntamente el punto de vista doctrinal y determinan la presente actitud de la Unión Soviética en la actual coyuntura mundial. Expresados por Jruschev oportunísimamente, no se crea, sin embargo, que sólo poseen un contenido esencialmente propagandístico. Creemos, por el contrario, que responden a una posición real que es preciso examinar con algún cuidado.

Ya el 9 de abril de 1946, Stalin había dicho que «la cooperación es completamente posible y deseable entre sistemas económicos diferentes. Este es el deseo del pueblo y del partido comunista que aprueba este de-

seo. Cada pueblo tendrá el sistema que desee. Que el sistema de los Estados Unidos sea bueno o malo, es al pueblo americano al que corresponde decidirlo. La cooperación no exige que los pueblos tengan el mismo sistema. Es preciso respetar los sistemas aprobados por los pueblos. Sólo con esta condición es posible cooperar. En cuanto a saber cuál es el mejor sistema, la Historia lo demostrará». Y luego Malenkov y posteriormente Jruschev habrían de seguir esta nueva doctrina del «coexistencialismo», rectificando la teoría marxista-leninista de la inevitabilidad de la guerra entre el comunismo y el capitalismo.

Precisamente, poco antes de su visita a los Estados Unidos, la revista norteamericana «Foreign Affairs» publicó un artículo de Jruschev explicando en lo que consiste la coexistencia pacífica, cuestión que «interesa literalmente a todos los hombres». Según el jefe del Gobierno soviético, en la presente situación mundial «no hay más que dos salidas: o bien la guerra—y es preciso decir que la guerra, en el siglo de los cohetes y de la bomba termonuclear, está preñada de las más graves consecuencias para todos los pueblos—o bien la coexistencia pacífica». ¿En qué consiste la política de coexistencia pacífica? Para Jruschev, «en su acepción más simple, significa la renuncia a la guerra como medio de resolver cuestiones litigiosas. Sin embargo, esto no agota la noción de coexistencia pacífica. Además del compromiso de no agresión, supone también el compromiso para todos los Estados de no violar la integridad territorial y la soberanía de los demás bajo ninguna forma y bajo ningún pretexto. El principio de la coexistencia pacífica significa la renuncia a la ingerencia en los asuntos internos de los demás países con el fin de cambiar su régimen estatal o su modo de vida o con cualquier otro motivo. La doctrina de la coexistencia pacífica prevé también que las relaciones políticas y económicas entre los países deben basarse sobre una completa igualdad de derechos entre las partes y sobre la reciprocidad de las ventajas». Esta coexistencia pacífica no significará, pues, la división del mundo en regiones rodeadas de altas murallas, sino que «habrá de transformarse en una competición pacífica para la mejor satisfacción de todas las necesidades del hombre». Tal competición pacífica será la que producirá un resultado favorable a uno de los contendientes, que Jruschev está seguro habrá de ser el comunismo, en virtud de un proceso histórico de carácter irreversible.

Hay que darse cuenta, pues, de que hoy la Unión Soviética ha abrazado plenamente la doctrina de la coexistencia pacífica como consecuencia de la sustancial transformación que las bombas atómicas y termonucleares

han producido sobre la guerra clásica, entendida como conflicto armado. Los jefes soviéticos se dieron pronto cuenta de que la solución del antagonismo entre el capitalismo y el comunismo no podría ser resuelto por luchas entre ejércitos convencionales o atómicos, puesto que la victoria militar se ha vuelto ya imposible. Por ello, la Unión Soviética ha renunciado a la hipotética victoria que pudiera conseguir por medios materiales en una confrontación militar directa. Ni aún lográndola sería posible. Incluso ahora Jruschev llega hasta proponer la disolución de las Fuerzas Armadas, porque entiende que el papel que están llamadas en el futuro a desempeñar se reduce cada vez más, hasta el punto que sólo se prevé puedan asumir un papel accesorio en la fase final de la destrucción del capitalismo occidental.

Entendiéndolo así, en el XX Congreso del Partido comunista de la Unión Soviética se enterró la doctrina expresada por Lenin, según quien «la existencia de la República soviética al lado de los Estados imperialistas» debía necesariamente producir «una serie de terribles colisiones», y en el XXI Congreso (Moscú, 5 de febrero de 1959) se aprobó una resolución en la que se establece que «la conclusión del XX Congreso, según la cual no existe fatalidad inevitable de guerra, se ha demostrado como perfectamente justificada».

Según Jvostov, para el comunismo la guerra no es ya absolutamente necesaria, pues no puede aportar tan siquiera ninguna ayuda a quienes se estima son dueños del futuro. Incluso se ha vuelto dudosa la posibilidad actual de excluir de esta propugnada eliminación de la guerra a las denominadas «guerras liberadoras», que según Lenin eran siempre justas. El presente pacifismo que proclama Jruschev parece que las excluye, pero es un punto concreto e importante que no aparece plenamente resuelto en las últimas formulaciones doctrinales soviéticas.

Mas no ha sido sólo el poder destructivo del armamento termonuclear el que ha producido la nueva posición doctrinal soviética de que la guerra no es ya inevitable. También ha contribuído a la adopción de tal tesis el cambio que se ha producido en el reparto de poder sobre la Tierra. Antes de 1939, la Unión Soviética estaba aislada, era el único Estado comunista y no representaba más que el 17 por 100 del territorio del globo, el 9 por 100 de su población y el 10 por 100 de la producción mundial. Hoy, en cambio, hay un importante número de Estados comunistas además de la Unión Soviética, singularmente la inmensa China, de forma que representan aproximadamente una cuarta parte del territorio del globo. en

el que vive un tercio de la población mundial y su producción industrial constituye casi un tercio de la producción mundial.

Este nuevo reparto de las fuerzas internacionales, después de la II Guerra Mundial, es el que da también razones a Jruschev para afirmar que una nueva guerra mundial, la tercera, no es fatal e incluso no es deseable ni aún posible. En su artículo de «Foreign Affairs» sostiene el jefe del Gobierno soviético que una vez cumplido el plan septenal de la U. R. S. S. y los de los restantes países comunistas de Europa y Asia actualmente en desarrollo, singularmente el de China, estos Estados llegarán a representar un poco más de la mitad de la producción mundial. «Su potencia económica se acrecerá inmensamente, lo que contribuirá en una medida todavía mayor a la consolidación de la paz en el mundo entero: la potencia material y la fuerza moral de acción de los Estados amantes de la paz serán tan considerables que todo militarista militante deberá reflexionar diez veces antes de arriesgarse a desencadenar una guerra».

Añádase aún que los comunistas observan que aún no unidos a su grupo, los numerosos Estados nacidos desde 1945 como consecuencia de la emancipación de los pueblos coloniales de sus metrópolis europeas, contribuyen asimismo a restar fuerza a Occidente. Y Jruschev cree que si la Unión Soviética consigue un éxito pleno en la realización de su plan septenal, de forma que se precipite la balanza de la producción mundial a favor del sistema comunista, ello le dará al comunismo una fuerza de atracción irresistible sobre los pueblos de los países subdesarrollados. De aquí la actual política soviética de ayuda a estos países antiguamente coloniales y hoy independientes, a los que se les presta asistencia no sólo para favorecer sus nacionalismos en tanto tales, sino especialmente para desaparecerlos del sistema capitalista y promover su evolución hacia el comunismo, partiendo de una actitud de «neutralidad positiva», esto es, de rechazo de toda alianza con los occidentales.

Y todo ello se basa en un optimismo fundamental abrazado por los comunistas: que el futuro les pertenece, esto es, que el sentido de la Historia avanza irreversiblemente hacia una forma político-social-económica superior de la democracia capitalista: el socialismo, tras cuya construcción se llegará al comunismo. Y si esto fuere así, es lógico y natural que al comunismo no le interese la guerra armada general, sino la coexistencia pacífica.

Bien entendido que esta coexistencia pacífica no es sino una competición entre dos sistemas. Así lo expresa Jruschev en su artículo de «Fo-

reign Affairs»: «Verifiquemos en la práctica cuál es el mejor sistema, rivalicemos sin guerra. Es mucho mejor que rivalizar para ver quién tendrá antes armas y quién batirá al otro.» Se entierra, pues, el «conflicto», que siempre ha exigido la guerra para resolverlo, y se entabla la «competición», que es una acción recíproca sin contacto, es decir, sin guerra.

Tal es, a nuestro parecer, la significación que ha de darse al gran desafío lanzado por Jruschev al mundo occidental, precisamente desde el territorio de los Estados Unidos. En otros términos, el jefe del Gobierno soviético lo que ha declarado públicamente en Norteamérica es lo que podemos denominar la gran pugna por el poder mundial, conducida bajo la fórmula de la que hemos llamado «Gran Guerra Psicológica»*.

Se trata de una forma de guerra global que se aplica a la actual bipolarización mundial y a las circunstancias presentes de una lucha cosmocrática, librada entre las dos superpotencias. Es una lucha ideológica que busca el abatimiento del sistema político y social del enemigo para reemplazarlo por el propio: el objetivo no es ya el lograr cambios territoriales, sino la expansión universal de un sistema. En esta lucha no se emplean medidas de carácter militar, que exigen el empleo de fuerzas armadas, sino que se emprenden acciones económicas y sociales, para rivalizar no sólo entre sí, sino especialmente para atraer a los países subdesarrollados (no sólo los de Asia y Africa, sino también de América), mediante una asistencia económica que está doblada por una profunda acción política. Esta acción política prefiere la vía subversiva y la expresión propagandística, maniobrando para romper todo espíritu de resistencia. Y esta estrategia no se empleará sólo con los países subdesarrollados sumergidos en el neutralismo, sino incluso con los restantes pueblos, sin excluir al de la misma superpotencia enemiga.

Tal es el sentido que encontramos tiene la denominada «coexistencia pacífica», que no es una verdadera paz, una ordenada concordia, sino una pugna competitiva, en la cual la Unión Soviética, potencializando al máximo el desarrollo de sus recursos y su producción, aspira a sobrepasar el de los Estados Unidos, para conseguir así un fuerte impacto sobre los demás pueblos, singularmente los subdesarrollados, que podrán ver demostrada prácticamente la superioridad en los resultados del sistema comunista sobre el capitalista.

* *Vide*, Luis García Arias, *Les formes nouvelles de la guerre*. Montpellier, 1959, páginas 18 y sigs.

Claro es que en tal consideración finalista el peligro que se corre es no ver los medios que se emplean para llegar a tal resultado y sólo fijarse en éste. Si se acepta el planteamiento de la pugna entre las dos Superpotencias solamente en el terreno material, indiscutiblemente la efectividad y eficacia del sistema comunista tiene grandes probabilidades de imponerse. Mas tal planteamiento es insostenible, en cuanto resulta contrario a los más elementales principios espirituales humanos. Sería una pugna entre dos materialismos: el comunista y el capitalista, no en balde estrechamente emparentados. Por eso Occidente debe reaccionar ante esta competición coexistencialista, situándola no en un mero terreno material. ¿Aceratarían los Estados Unidos a entender así tan grave problema como el que Jruschev les ha ido a plantear directamente?

II

Además de su contacto directo con el pueblo norteamericano durante su viaje por los Estados Unidos, el Jefe del Gobierno soviético tenía otro objetivo inmediato: conversar con el Presidente Eisenhower, en entrevistas privadas, en las que cada uno expondría sus posiciones con el fin de intentar llegar, si no a un prematuro e imposible acuerdo sobre problemas concretos, al menos fijar la extensión y carácter de sus desacuerdos.

El mismo día de su llegada a Washington, el 15 de septiembre, Jruschev se reuniría con Eisenhower durante cerca de dos horas, estando ambos acompañados de sus respectivos Ministros de Asuntos Exteriores y Embajadores, así como también estuvo presente el Vicepresidente de los Estados Unidos, Nixon, y el delegado permanente norteamericano ante las Naciones Unidas, Henry Cabot Lodge, que habría de acompañar a Jruschev en su viaje por los Estados Unidos. En esta primera entrevista, los interlocutores se limitaron a pasar rápida revista al estado de las relaciones entre los dos países, y a proceder a un intercambio de puntos de vista, en términos generales, sobre los grandes problemas internacionales. En rigor, ésta no fué más que una reunión preliminar para ponerse de acuerdo Eisenhower y Jruschev sobre la línea general de discusiones ulteriores que se determinó fueran tenidas en Camp David del 25 al 27 de septiembre, así que el Jefe del Gobierno soviético regresara a Washington de su viaje por el Oeste norteamericano.

Efectivamente, en las fechas señaladas, el Jefe del Gobierno soviético

y el Presidente de los Estados Unidos celebraron en Camp David lo que el Comunicado común oficial llama un «franco intercambio de puntos de vista». Si bien en algunas reuniones estuvieron presentes los respectivos Ministros de Asuntos Exteriores y otros funcionarios de los dos países, hubo asimismo conversaciones a solas entre Jruschev y Eisenhower a través de sus intérpretes personales. Todas estas reuniones oficialmente se han estimado «útiles para aclarar posiciones recíprocas sobre un cierto número de temas», especialmente teniendo en cuenta que «estas conversaciones no tenían como objetivo el negociar sobre los problemas», sino «contribuir a crear una mejor comprensión de sus objetivos y de sus posiciones recíprocas y permitir así la instauración de una paz justa y duradera».

Más concreto, el Presidente del Consejo de Ministros de la U. R. S. S. y el Presidente de los Estados Unidos se manifestaron de acuerdo: 1) en reconocer que la cuestión del desarme general es la más importante que se plantea hoy para el mundo, y en declarar que se esforzarán en llegar a una solución constructiva; 2) en reabrir negociaciones para solucionar la cuestión de Berlín, teniendo en cuenta los intereses de todas las Partes directamente interesadas y el mantenimiento de la paz; 3) en reconocer asimismo que todas las cuestiones internacionales han de ser solucionadas por medios pacíficos y negociaciones; 4) en que la fecha exacta para la visita del Presidente de los Estados Unidos a la Unión Soviética, en la primavera próxima, sería fijada por vía diplomática. Finalmente, en el Comunicado común se expresa que ambos interlocutores han señalado sus posiciones sobre la cuestión de Alemania, comprendida la conclusión de un Tratado de paz, y conversado sobre problemas relativos a intercambios de personas y de ideas entre la U. R. S. S. y los EE. UU., acerca de los cuales «han sido realizados progresos substanciales en la discusión entre funcionarios, de manera que se espere que algunos acuerdos se concierten próximamente».

Bajo esta forma escueta y prudente de un Comunicado oficial común, ambos Presidentes señalaron los temas de sus conversaciones y marcaron acuerdos y desacuerdos. Algunas referencias auténticas más cabe desprender de posteriores declaraciones de ambos.

En u conferencia de prensa de 28 de septiembre, Eisenhower opinó que Jruschev era «una personalidad dinámica y sorprendente. Es un hombre que se sirve de todos los medios posibles de discusión, con tal de que le sean ventajosos. Es capaz de grandes vuelos y de cambios de humor, desde la actitud más difícil, casi negativa, hasta la clase de discusión más suelta, más afable, más benévola». Por su parte, Jruschev en su discurso en el

Palacio de los Deportes de Moscú, el mismo día, declaró que Eisenhower había demostrado tener «una sabiduría de hombre de Estado en la apreciación de la situación internacional y ha probado valor y voluntad»; reconoció que el Presidente norteamericano gozaba «de la confianza absoluta de su pueblo» y le había hecho una «calurosa acogida», haciendo «todo lo que es preciso hacer cuando se organiza un encuentro a tal escalón», y manifestó que tenía la impresión de que Eisenhower «aspira sinceramente a liquidar la «guerra fría», a crear relaciones normales entre nuestros países, a contribuir a la mejora de las relaciones entre todos los países».

En lo que se refiere al desarme, Eisenhower declaró que le había pedido Jruschev que estudiara la propuesta que había formulado ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, pero que en la conversación que sostuvieron no se había entrado en detalles sobre la cuestión del control. Por su parte, Jruschev dijo que Eisenhower le había dicho que estudiaría su propuesta sobre el desarme general, manifestando que los Estados Unidos también querían un desarme total con la institución de un control.

Respecto a la situación de Berlín, Eisenhower señaló que había sido largamente discutida, pero que no era posible llegar a un acuerdo sin intervención de los aliados de los Estados Unidos directamente interesados. en unas negociaciones conjuntas que no podrían prolongarse indefinidamente, pero que no podía tampoco fijárseles un límite en el tiempo. A su vez Jruschev, con ocasión de responder a una pregunta de un corresponsal de la Agencia Tass, confirmó que había llegado a un acuerdo con Eisenhower para que las negociaciones sobre la cuestión de Berlín volvieran a seguirse, sin fijarse ningún límite en el tiempo, pero sin que se arrastraran durante un período indeterminado.

Sobre la fecha fijada para la devolución de la visita de Eisenhower a la Unión Soviética, el Presidente norteamericano confirmó la declaración de Jruschev en su conferencia de Prensa del 27 de septiembre, de que se estableciera la de la próxima primavera, teniendo en cuenta la bondad del clima ruso no sólo para Eisenhower, sino también para sus nietos, que habrán de acompañarle en el viaje. Según Jruschev, primeramente, el Presidente norteamericano tenía la intención de ir a la Unión Soviética a finales de octubre de 1949, pero que, considerando el clima ruso, él le había recomendado fuera a fines de mayo o principios de junio.

Entre otras cuestiones, reconoció Eisenhower que había hablado con Jruschev sobre China, y que ambos habían expuesto sus respectivas posi-

ciones, que son «diametralmente opuestas sobre casi todos los puntos». Jruschev habría de hacerse eco de esta compleja oposición de puntos de vista entre los Estados Unidos y la Unión Soviética durante su estancia en China, inmediatamente después de su regreso de Norteamérica, refiriéndose especialmente a la opuesta valoración de una posible acción comunista china para ocupar Formosa.

III

En definitiva, hay que convenir en que el viaje de Jruschev a los Estados Unidos, si no fué una expedición propagandística que parezca haber logrado grandes efectos sobre el pueblo norteamericano, aunque sea innegable la habilidad con que Jruschev hizo la apología del sistema comunista, tampoco un gran efecto inverso parece haber producido el sistema norteamericano en el Jefe del Gobierno soviético. La disparidad de criterios y la oposición de sistemas ha quedado, por otra parte, bien clara. Mas también, como ha escrito Walter Lippmann, ha quedado establecido que «tenemos necesidad de hablar con Jruschev, y él tiene necesidad de hablar con nosotros. Porque si bien nuestro conflicto es irreconciliable en esta generación, tanto él como nosotros sabemos que no puede ser resuelto por medio de las armas».

En efecto, acaso la afirmación de más relieve que puede hacerse como balance de este viaje del Jefe del Gobierno soviético, es que la U. R. S. S. trata de evitar la guerra. De aquí su propuesta en favor de la coexistencia pacífica.

Bien entendido que con esta distensión internacional lograda y con este fin que Jruschev ha querido dar a la «guerra fría», que la propia Unión Soviética había iniciado, no ha buscado el Jefe del Gobierno moscovita más que un amplio plazo para desarrollar sus planes de expansión económica para tratar de alcanzar y sobrepasar la de los Estados Unidos. La U. R. S. S. precisa evidentemente realizar un gran esfuerzo sin temores de guerra durante la década que va a comenzar, para poder elevar su potencialidad por encima de la norteamericana.

Y esto es lo más peligroso de esta nueva situación. Porque no creemos fácil que los Estados Unidos encuentren la debida respuesta a este reto pacífico que fundamentalmente significa la visita de Jruschev. A este respecto ha escrito recientemente Walter Lipmann que en la confrontación

pacífica ruso-norteamericana hay que apreciar una debilidad crítica del sistema social de los Estados Unidos, mientras que el régimen soviético muestra una mayor fortaleza, que justifica el optimismo histórico de Jruschev sobre el desenlace.

Pues—como señala Lippmann—«esta debilidad crítica es la de que por ahora nuestro pueblo no tiene grandes propósitos, el deseo de cuya realización pueda unirlo. La actitud pública del país es defensiva, de mantener o conservar y no de ir hacia adelante o crear. Hablamos como si fuéramos una sociedad completa, que ya ha alcanzado sus propósitos. En cambio, la fortaleza del régimen soviético, que explica su rudeza y también su crueldad, es que es por encima de todo una sociedad con un propósito, y todas las energías del pueblo están dedicadas a alcanzarlo. Esta actitud explica los sorprendentes éxitos del régimen soviético en la técnica y en la ciencia, tanto en el campo civil como en el militar. Así, en nuestro encuentro con los gobernantes soviéticos, en la confrontación de los dos órdenes sociales, la cuestión es saber si este país—los Estados Unidos—puede recuperar lo que ahora no tiene: un sentido de grandes propósitos y altos destinos. Este es un punto crucial. Porque sin un renacimiento de ellos, Jruschev es muy posible que venza en la carrera competitiva que entraña su reto».

Y téngase en cuenta, además, que en esta tregua que es la coexistencia pacífica, que habrá de permitir a la U. R. S. S. ponerse al nivel de los Estados Unidos, al menos, no por ello la Unión Soviética habrá de renunciar a emplear sus clásicos métodos subversivos, propios ya de la moderna gran guerra psicológica. El propio Jruschev ha proclamado en su informe sobre la situación internacional y la política exterior de la U. R. S. S., presentado el 31 de octubre de 1959, ante el Soviet Supremo: «Es preciso no confundir concesiones mutuas en interés de una coexistencia pacífica entre Estados, con concesiones sobre los principios, sobre lo que respecta a la misma naturaleza de nuestro sistema socialista, de nuestra ideología. Sobre ello no puede haber ninguna concesión ni ningún acomodamiento. Si hubiera concesiones sobre los principios, sobre las cuestiones ideológicas, esto querría decir que nos deslizáramos hacia las posiciones de nuestros adversarios. Esto significaría un cambio cualitativo de una política, y sería traicionar a la clase obrera».

Entre estos principios irrenunciables de la Unión Soviética, figura el establecimiento del comunismo universal, y este objetivo no queda ho-

LUIS GARCÍA ARIAS

rrado por la política de coexistencia pacífica. Más bien al contrario, ante la imposibilidad de una guerra general, será por medio de esta nueva vía cómo la Unión Soviética aspira a lograr su afán cosmocrático.

¿Sabrán los Estados Unidos entender así este grave problema que bajo la capa de la coexistencia pacífica ha ido Jrushev a plantearles directamente?

LUIS GARCIA ARIAS.

Noviembre 1959.